



# Sueño del que no deseo despertar

\* Por José Rentería Torres

Le comento, traigo un problema existencial, o más bien, no quiero aceptar que me estoy volviendo niño, o a lo mejor nunca he dejado de serlo, cuando hoy por la mañana, Mago mi hija (lectora voraz) me trajo de regalo dos libros de cuentos de Irene Vallejo, la misma que escribió "El Infinito en un junco". El caso es, que veo mis arrugas en el espejo, y con miramientos, esto me dice: "No te hagas, José, ya estás viejo, recuerda la tomografía que te hicieron hace menos de un año; los radiólogos diagnosticaron que tienes disminuida tu corteza cerebral". "Espejito, espejito, dime que esto no es así". "José," me responde el espejo, "Tu Narciso ya pasó de moda. Además, la neuróloga te dijo que tus neuronas ya están..." "¡No! No me lo repitas". "Sí te lo voy a repetir, y acéptalo: la imagen del estudio muestra lo propio de tu edad, pero para tu fortuna, y para tu edad, la panorámica de todo tu cerebro no muestra ningún infarto cerebral, y esto es una buena noticia para la edad. Además, las conexiones de tus dendritas neuronales están íntegras, y lo más importante, tú lo sabes muy bien, la neuro plasticidad, y la de todo tu cuerpo, depende del sentido que le sigas dando a tu vida". En este sentido, hoy por la mañana me vino el recuerdo (no sé si lo soñé, que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son) que caminaba por la Isla del Tiburón, y de un salto, estaba en el borde del Cráter McDougal, en el Pinacate, en donde Manuel leía un mapa que lo tenía fijo en el suelo con unas pequeñas piedras, en eso vino un viento y el mapa voló alto por todo el centro de



aquel enorme agujero volcánico, y pronto volando, llegaron una parvada de pájaros para picotear a aquel intruso que invadía su territorio. Pero mejor le platíco por separado aquellos dos viajes que Manuel, mi sobrino, me invitó a conocer las bellezas de nuestros rumbos. Empiezo por el primero: La estrella de la mañana (aquel reloj despertador de mis abuelos), que contento nos veía, cuando preparábamos nuestras mochilas para ir a la Isla del Tiburón. Las olas mansas de la Bahía de Kino ni cuenta se dieron cuando partimos. Por el camino, el lucero le abrió paso al alba, el alba a la aurora, y por su relucencia, se asomó el sol anunciando nuestra llegada a Punta Chueca. En la playa, unas pangas dormitaban, veladas por un domesticado coyote que con recelo nos miraba. El sol se adueñó del día. Manuel y Mateo (uno líder del grupo y conocedor profundo de las ciencias de la Tierra, y el segundo, experto en la Isla del Tiburón) fueron a buscar a las autoridades locales para mostrar los documentos federales que portábamos. Ahora necesitábamos su permiso para pisar el sagrado territorio de los KonKaak. Mientras aquello ocurría, mi memoria me llevó hasta 1966, año que empecé

a atender como médico a familias enteras de la Comunidad Seri, gente que no acostumbra a decir "gracias", pero es profundamente agradecida. Mi oficina, a través del tiempo, se engalanó de collares, coritas y figuras de palo fierro, que a regalar me traían... En esto estaba, cuando me despabila un imperativo: "¡Acércate!", era la voz de un viejo Seri, sentado en la arena, quien pulía una figura de palo fierro. "¿Eres burro? Acércate", repitió. "Sólo los burros miran de lejos". Y mientras me arrimaba, sus pupilas escanearon mi figura. Enseguida preguntó, "¿Qué andas haciendo? ¿Quieres comprar la Isla? Te la vendo" y de su bolsa sacó unos arrugados papeles. "Aquí están las escrituras". En esto estábamos, cuando apareció el resto del grupo. Enseguida nos subimos a la panga; el motor zumbaba a todo lo que daba. Era la hora en la que la marea bajaba en un torrente feroz que descendía desde la desembocadura del Río Colorado (a más de 300 kilómetros de distancia), y de rondón se metía por el angosto Canal del Infiernillo. Juan, la persona Seri quien nos llevaba, era experto en navegar por este riesgoso canal de 3 kilómetros de ancho. La playa en donde desempangamos estaba llena de caracolas de todos

los colores en donde dominaba el morado de los mejillones. Mateo bajó un bidón con gasolina y una batería para carro, se apalabró con dos militares federales que custodiaban esta reserva natural de vida silvestre. Enseguida bajo un derruido tejaban estaba una camioneta Willis con una carrocería llena de boquetes que el salitre se había comido; Mateo la surtió de combustible, le puso la pila y el motor, tosijoso arrancó con toda su carga por un camino desde hace tiempo no andado, recorrimos más de 10 kilómetros entre ocotillos, saguaros ribeteados con nidos de águilas pescadoras, y en el fondo, allá al pie de la sierra, nos topamos con una olvidada oficina-casa construida con ladrillo de Querobabi. Ahí armáramos nuestro campamento, pero Mateo prefirió que lo hiciéramos por fuera de la construcción. Nos acomodamos en un terraplén al lado de la casa, hurgamos por su alrededor y encontramos una pila seca, y más seca en su interior estaba una momificada zorra cola roja. Al atardecer, los que sabían hacer fogatas hicieron lumbre, y a su alrededor, cada cual buscamos nuestro lugarcito de poder. En esto, la tarde pardeaba cuando empezamos a escuchar el silencio sinfónico del crepúsculo, con un acorde que anunciaba la presencia de la luna, mandona de la noche, que con autoridad despedía a los últimos rayos de sol que pintaban el horizonte de un rosa pastel, con trazos amarillos, naranjas, azules, jamás lineales, como la creación de un niño que se fueron tornando grises, más grises por donde descendía la "estrella" del anochecer.